

El camino de la unidad y la Historia de la Filosofía

Para empezar, nada mejor que echar un vistazo a la Historia de la Filosofía. Precisamente este trabajo no va a ser en parte otra cosa que un poco de filosofía de la Historia de la Filosofía.

Se ha hablado de una «ley del péndulo» en la historia del pensamiento occidental. En efecto, es bien patente en éste un proceso de alternancia de posiciones extremas. Al extremismo de un idealismo total, sucede por reacción el extremismo opuesto de un sensismo total; al intelectualismo, el vitalismo, etc.

Precisando más, el P. G. Caminero (1) nota *tres* momentos en ese proceso pendular: el afirmativo, el negativo y *el conciliador*. Nota además que estos tres momentos forman «una unidad ideológico-cronológica», un ciclo completo y cerrado, que se va repitiendo siempre con idéntico contenido en lo sustancial.

Este contenido es: en un extremo, sensismo en epistemología y materialismo en metafísica; en el otro extremo, contradictorio, intelectualismo a ultranza en ambos planos. Y luego un intento de conciliar los dos extremos en una unidad armónica.

«Como, en resumidas cuentas, los terceros momentos conciliatorios de la historia de la filosofía, los de la antigua y los de la moderna —exceptuamos la cristiana—, resultaron completamente insatisfactorios, y solamente en una ocasión uno de ellos, y no del todo, logró ser verdaderamente conciliador, la ley general ha sido que, una vez concluidas las tres fases de cada tiempo, se recomenzase de nuevo el proceso siguiendo las mismas tres fases: sensista, intelectualista y conciliatoria, y así indefinidamente» (2).

Para comprobar lo dicho, demos, siguiendo al autor citado, un breve recorrido por la Historia de la Filosofía pagana antigua y la filosofía moderna no cristiana.

(1) *Esquema de las leyes históricas del pensamiento filosófico europeo*, en *Razón y Fe* 143 (1951) 251-258.

(2) *Ibid.* «Huelga advertir (añade el autor citado) que, aunque los momentos de cada esquema trifásico sean fundamentalmente los mismos, sin embargo revisten matices y características especiales.»

Tres épocas, determinadas cada una de ellas según el ritmo de la triple actitud *sensista-intelectualista-conciliatoria*, comprende la historia de la filosofía antigua.

En la época presocrática de los siglos VI y V a. de C., a la primera actitud filosófica del sensismo jónico-heracliteo siguió la opuesta del intelectualismo pitagórico-parmenideico y trató de conciliarlos posteriormente el atomismo de Anaxágoras y Demócrito.

En la segunda época de los grandes filósofos del siglo IV, inaugurada por el relativismo sensista de Protágoras y los demás sofistas, levantaron cabeza en defensa del intelectualismo Sócrates y Platón, y consiguió armonizar las exageraciones de ambos contendientes —sofistas y platónicos— el gran Aristóteles.

En la tercera y última época de la filosofía antigua, que comprende los tres últimos siglos antes de Cristo (helenismo alejandrino) y los tres primeros de nuestra era (helenismo romano), presentaron la fase sensista las escuelas postaristotélicas de estoicos, epicúreos y escépticos con su moralismo materialista y metafísico, al que bien pronto se opuso el intelectualismo místico de Plotino, viniendo después en la fase conciliatoria el intento de aunar a Plotino con Epicuro, intento realizado por el eclecticismo grecorromano, en el que, finalmente, se estanca, como agotado y desvigorizado, el pensamiento antiguo.

En la edad Moderna, Descartes (y aquí nos apartamos un poco del P. G. Caminero) significa un intento de comenzar *de nuevo* la tarea filosófica, de hacer una filosofía nueva y definitiva. Esa filosofía reduce toda la realidad a pensamiento y extensión. Descartes es, pues, un momento conciliatorio inicial en la historia de la filosofía moderna.

De Descartes derivan a la vez el empirismo sensista inglés, que tenía precedentes en Francis Bacon, y progresa ahora con Locke, Berkeley y Hume; y el racionalismo exagerado, que es en Malebranche ontologismo y en Spinoza panteísmo y culmina en Leibniz.

Kant es el segundo gran momento conciliador de la filosofía moderna. Kant, para conjurar el empirismo de los británicos y el intuicionismo apriorístico de los continentales, divide al hombre en razón pura y razón práctica.

Pero no se había llegado a la estabilidad. De Kant divergen de nuevo, más exacerbadas que nunca, las dos corrientes: la intelectualista que culmina en el panlogismo de Hegel, y la sensista, que es sucesivamente monismo materialístico en Haeckel, positivismo en Comte y pragmatismo en James.

Actualmente vivimos una etapa que, más que de conciliación, hay que llamar de cansancio, muy similar a la última etapa de la filosofía antigua.

Propiamente el positivismo de Comte ya no es metafísica, y en eso se diferencia del materialismo. Desde Comte, pues, la filoso-

fía toma un giro ametafísico. La Metafísica y la razón han fracasado y se las arrumba. Al racionalismo sucede el irracionalismo o, al menos, el no-conceptualismo: voluntarismo de Schopenhauer, vitalismo de Nietzsche, historicismo de Dilthey, anti-intelectualismo de Bergson y existencialismo de Kierkegaard, Heidegger y Jaspers.

Hay que poner aparte un nuevo intento de conciliación en Husserl pero fracasado. Su trascendencia en la inmanencia, en el fondo, es inmanencia pura.

Intercalemos dos notas.

Es ésta, que acabamos de observar en la historia de la filosofía, una ley general de la filosofía de la cultura, aplicable a las instituciones sociales y políticas, a los estilos artísticos y a las modas de cualquier género: a una actitud afirmativa le sigue otra negativa, y a ésta una conciliación de los elementos afirmativos y negativos que se encerraban en las dos actitudes anteriores.

Pese a las apariencias, es una ley que no tiene nada que ver con el proceso trifásico de la dialéctica de Hegel, sino que se funda en una tendencia muy propia de la psicología humana de reaccionar contra un extremo afirmando el opuesto e intentar al fin, cuando los extremos se han gastado, una solución de término medio (3).

Ahora podríamos preguntar: ¿y por qué la psicología del hombre sigue este proceso, extremista primero y conciliador después?

En el hondón del alma el hombre ha sentido siempre la llamada al Absoluto. Al Absoluto Bien, a la Absoluta Verdad y a la *Unidad Absoluta*.

El ansia de unidad del hombre es lo que queremos recalcar aquí. El hombre postula *Una Verdad* y *Un Bien*. *Un Bien Verdadero*.

Pero el hombre no es uno. El hombre está rodeado de dualismos. Está plantado en el mundo, el mundo frente al hombre, yo y mi circunstancia. El mismo es dualismo, dos hombres habitan en el hombre, uno superior, otro inferior.

Y sale en pos de la unidad. Y comienza la aventura filosófica que, además de una búsqueda de la verdad y del bien, es una búsqueda de unidad. Y esa avestura, siempre renovada, ha fracasado siempre.

El hombre solo, la filosofía exclusivamente humanista, ha fracasado. Y ahora el hombre se muere de sed de Absoluto.

Es una búsqueda de la Unidad por cuatro rutas distintas. Volvamos al panorama filosófico que esbozamos arriba. Nos fijaremos predominantemente en la filosofía moderna.

La primera ruta ensayada para alcanzar la unidad de todas las cosas es la de la *exclusión*. Consiste en afirmar un elemento

3) Ibid.

del dualismo, negando el contrario. Comprende los dos primeros momentos del esquema trifásico de que hablamos antes: el momento afirmativo y el momento negativo. Por ejemplo, el espiritualista dice: todo es espíritu; y el materialista: todo es materia. Son los dos extremos del péndulo. Extremismo total.

Otros evitan esta amputación de la realidad. La realidad es dual no vale cerrar los ojos y autosugestionarse repitiendo cien veces: todo es idea, o todo es cuerpo. Esta segunda ruta se encara con el problema e intenta llegar a la armonía. Pero su solución es también pobre. *Yuxtaposición* es la fórmula de unos. Pensamiento y Extensión en Descartes. Razón pura y razón práctica, o sea, Física y Metafísica en Kant. Admiten el dualismo, pero lo dejan intacto; no, lo exacerban. Convierten el dualismo en antítesis. No logran la armonía (4).

Confusión es la fórmula de otros. Es una cosa muy parecida al eclecticismo, a las medias tintas y a la mano tendida. Consiste en limar aristas, desvigorizar y desradicalizar los extremos del dualismo, de modo que se evite a la vez la antinomia y la amputación, y se logre una pacífica convivencia. Un caso típico, señalado por Donoso Cortés, es el liberalismo deísta del siglo XVIII: no niega rotundamente a Dios: le teme a todo extremismo; tampoco afirma del todo a Dios: trae demasiadas consecuencias; acepta a Dios, pero sin las consecuencias. Estos sistemas «rosa», anota Donoso, duran poco: son arrollados por los sistemas que afirman y niegan tajantemente. Así ha sucedido: en el campo de batalla hoy día sólo quedan el comunismo y el catolicismo.

Todo esto en esquema:

- I. Unidad por exclusión: 1) tesis
2) antítesis
- II. Unidad por inclusión: 3) yuxtaposición
4) confusión (5)

Denominador común de los cuatro métodos ensayados para alcanzar la unidad: pobreza.

(4) Más aún, escurbiendo un poco, descubriríamos que no son del todo imparciales. Kant acepta la Metafísica, pero la Metafísica en Kant es de categoría inferior a la Física; esta es verdadera, aquella no lo es, pero *deczamos* que lo sea. Kant, pues, pese a las apariencias (la sagaz observación es de Balme) es más bien materialista. Descartes, en cambio, aun admitiendo la Extensión, los cuerpos, nadie negará que da mucho más realce al mundo subjetivo, al mundo del Yo y de las ideas, conocido por intuición, clara y distintamente, que no al mundo exterior, conocido sólo por un laborioso y largo (e ineficaz) rodeo que pasa por Dios.

(5) Véase el mismo proceso en la historia de las herejías Cristológicas:

- I. unidad por exclusión:
 - 1) tesis: Cristo es Dios, no Hombre (su cuerpo era sólo aparente). Así los doketas.

Todo hombre es «un pobre hombre». El hombre es poquita cosa, y todos sus actos lo andan pregonando. Pero nunca es más patente su pobreza y su pequeñez que cuando se pone a hacer el grande.

Ahí está la vida ante nosotros. Ancha, inmensa, rica, compleja... Llena de dualismos, de problemas, de matices, de misterios. Y va el hombre con el farolillo de su razón a iluminar el fondo de todas las cosas, todos los porqués del universo. Imposible. Pero esta palabra es humillante. ¿Es que hay algo imposible para el Hombre y la Razón? Y entonces el Hombre y la Razón, desde la cátedra de su autonomía dictaminan: Todo esto es apariencia, engaño, todo esto *no es*; sólo *es* una cosa, la única realidad es la Idea (o la materia). Ya está todo explicado.

Trazan un círculo, dijo Chesterton, un círculo pequeñito y niegan todo lo que cae del lado de allá de ese círculo. Como la razón no puede con todo, declara que sólo su parcela es razonable, sólo ese círculo que ella puede explicar es real. Psicología de locos: un loco no es un hombre que ha perdido la razón, un loco es un hombre que lo ha perdido todo menos la razón. Los locos tienen una sola idea (manía) y con esta idea lo explican perfectamente todo.

Hay muchos Hamlets hoy en el mundo que reprochan al racionalismo: ¡Hay algo más en el mundo que tu filosofía!

El racionalismo es antivital, empequeñece la vida y lo torna todo aburrido.

Lo reduce todo a la unidad, pero es la unidad del punto geométrico. La nada.

Más hondo todavía. Ahondamos más y llegamos a la raíz última. Se llama: Nominalismo.

Sequela de todo racionalismo. Es de Branschvicg la frase: «un nominalismo radical es la condición de un racionalismo total».

El nominalismo vincula la Metafísica a la intuición de realidades singulares que trasciendan la experiencia sensible. Esta vinculación de la Metafísica a la intuición intelectual ha constituido la base filosófica en que se han movido las varias 'direcciones modernas: empirismo, racionalismo (ontologista) y kantismo. Empirismo y racionalismo continúan a Occam; Kant es igualmente tributario de Occam. Es un falso planteamiento,

2) antítesis: Cristo es Hombre, no Dios. Arrio.

II. unidad por inclusión:

3) yuxtaposición: Cristo es Dios y Hombre; hay en Él dos naturalezas y dos personas. Nestorio.

4) confusión: en Cristo la naturaleza divina y la naturaleza humana se confunden en una tercera naturaleza «sui generis» y una persona. Monofisitas.

La ortodoxia *distingue para unir*: Cristo es Dios y Hombre, un solo Ser y una sola Persona divina, en la que se distinguen realmente sin confundirse dos naturalezas, la divina y la humana.

que habrá de ser rectificado para no hacer estéril todo conato de salida. La radical vía es la superación del nominalismo; dejar a un lado como inconducente y problemática la intuición intelectual, y recurrir en cambio a la abstracción (6).

Pero la abstracción es humilde. Consiste en conocer *algunas* cosas de la cosa. Y el racionalista quiere poseer clara y distintamente toda la inteligibilidad de la cosa. Quiere toda la luz, y la abstracción sólo le da unos pocos rayos. Por esto la desprecia.

Arrumbada la abstracción sólo queda otro camino, la intuición. Intuición de realidades sensibles: empirismo. Intuición de realidades intelectuales: ideas innatas en Descartes, categorías en Kant.

Entonces sucede un fenómeno notable: al buscarse intuición y no abstracción, el análisis metafísico ya no consiste en *distinquir*, sino en *separar*. He aquí la última causa de por qué el racionalismo, no sólo no resuelve los dualismos del hombre y de la realidad, sino que los exacerba.

Investigando la causa del fracaso del hombre en su búsqueda de la unidad, hemos hallado hasta aquí tres palabras-clave: Humanismo, Racionalismo, Nominalismo.

FILOSOFIA CRISTIANA

En el campo de la filosofía Cristiana (que es la filosofía elaborada al socaire de la Fe) no se da el fenómeno del eterno retorno. En vez del movimiento circular, que trilla siempre la misma ruta, se da aquí movimiento rectilíneo, avance.

Aquí cada nueva etapa filosófica hace las nuevas conquistas en la dirección señalada por la etapa precedente, y en cuestiones fundamentales no se cambia nunca de rumbo.

Unas etapas son más importantes que otras —ninguna tan importante como la de Santo Tomás—, pero todas significan alguna perfección nueva y algún punto de vista desconocido.

Por orden cronológico, son hitos luminosos en la línea progresiva del pensamiento cristiano: 1) la escuela de Alejandría, 2) San Agustín—Santo Tomás—Francisco Suárez, 3) el Neoescolasticismo contemporáneo (7).

Una de las características del pensamiento cristiano es la audacia.

Es como si hubiera inyectado a la razón nueva vida, fuerza, vigor. Ahora la razón se atreve con todo: se encara con la vida como ella es, sin parcelarla ni amputarla. Acepta serenamente todos los problemas. Piensa con Pascal que no es juego limpio de

(6) A. González Alvarez, en *Giornale di Metafisica* 2 (1947) 373-388.

(7) G. Caminero, o. c.

clarar que una cosa no existe porque sea incomprendible o difícil de comprender.

Al mismo tiempo la razón es ahora humilde. Sabe que la creación no es obra suya. Las cosas están ahí; no las ha hecho ella. Su misión no es crear la verdad, sino hallarla.

Y, sobre todo, ahora la razón lleva en sus entrañas el noble amor de la verdad.

Todo esto junto: esta audacia, esta humildad y este amor, es el motor oculto del gigantesco esfuerzo de la filosofía Cristiana; esa catedral de la verdad, que la razón piedra a piedra, esfuerzo a esfuerzo, con perseverancia y con esperanza ha ido levantando.

Ahora la razón está en su sitio. No ensaya imposibles y absurdos gestos prometeicos, que acaban en fracaso y en esterilidad. Ahora se hace discípula de la verdad.

Por esto cambia de método.

El hombre se ha convencido de que, siendo hombre, ha de obrar como hombre. La razón se ha convencido de que, siendo razón, ha de *razonar*.

Y a la intuición sucede la *abstracción*. Este es el gran hallazgo.

La primera consecuencia de este héureca es que cesa por fin la antinomia filosofía-vida.

La filosofía racionalista era antivital. Mataba la vida y luego hacía estudio anatómico del cadáver. Separaba, dividía. Geometrizaraba, disecaba.

La filosofía Cristiana es plenamente vital. Posee este instrumento sutil de la abstracción, con que penetra sin lastimarlas en las mismas entrañas de la vida, para arrebatarle su secreto. Entra por los más íntimos escondrijos de las cosas y se lleva su tesoro. Y las cosas, y la vida quedan intactas.

La abstracción distingue realidades, no divide realidades. La abstracción es un lento —humilde— avance por etapas hacia la inteligibilidad de la cosa.

La razón tiene que renunciar a la verdad total, pero en cambio salva la verdad humana y salva la vida.

¿Y la Unidad? Pues... se renuncia también a la unidad.

Decíamos antes que el hombre ahora se ha colocado sencillamente en su sitio. Y ha renunciado a todos los absurdos. Sabe que la Verdad Absoluta (8), el Bien Absoluto y la Unidad Absoluta son sólo del ser Absoluto, Dios.

Sabe también que sólo Dios es Creador, y él, el hombre, mero descubridor, *laetus inventor*, en frase agustiniana, de la Verdad, el Bien y la Unidad.

(8) No somos relativistas. La verdad humana es absoluta, necesaria, eterna. Pero el hombre no posee toda la verdad, ni posee cada verdad totalmente. Es sólo relativamente absoluta.

Ya no busca crear por alquimia una unidad del universo. Sale del laboratorio, se acerca a las cosas y examina en qué son unas, cuál es su unidad.

Ahora sólo busca la Verdad, porque sabe que la Verdad es una, que sólo ella puede darle la Unidad.

El filósofo cristiano no es monista, no llega a una unidad *óptica* de todas las cosas. Esto es elemental: si existen *cosas*, es que no existe *una* cosa.

El filósofo cristiano tampoco es dualista a lo Descartes o a lo Kant, no es un fracasado. También esto es elemental: el mundo no es un caos; un orden luminoso, sin estridencias, lo invade todo.

El filósofo cristiano (lancemos la primera paradoja) es monista y dualista a la vez. Es decir, llega a la armonía. Llega a una unidad *onto-lógica* de todas las cosas y de todos los dualismos.

Por abstracción llega al concepto de Ente. Unidad ontológica de las cosas.

Por raciocinio llega a Dios, origen y fin de las cosas. Unidad *quasi-óptica* (9) de las mismas.

JUAN PEGUEROLES, S. I.

*Profesor de Historia de la
Filosofía en la Facultad de
San Cugat del Vallés
(Barcelona)*

(9) No *óptica*: las cosas y Dios no son un solo y mismo ser.